

EMILY SALTHER

X

LIBRO X



#CHICASESCRITORAS

¡ADVERTENCIA!

La novela que estás a punto de leer fue escrita por una chica adolescente. Sí, como leíste: ¡una chica!

Te lo advertimos, porque sabemos que mucha gente mira en menos a las chicas adolescentes. En la tele, en la música, en los espacios culturales “serios”, las chicas son el objeto de burlas, pintadas como *fangirls* superficiales, impulsadas por un torrente hormonal e incapaces de tener un solo pensamiento profundo.

Pero tú no eres de las personas que piensan así, ¿verdad?

Nosotras tampoco. Es más, estamos convencidas de que, contrario a lo que dictan los prejuicios, las mujeres jóvenes han sido un gran aporte para la sociedad y la cultura. Después de todo, fue una adolescente (Mary Shelley) la que fundó la literatura de ciencia ficción con su novela *Frankenstein*. Silenciar las voces de las mujeres jóvenes sólo sirve para mantener la desigualdad de género.

Por eso, a fines del 2017 lanzamos el concurso **Chicas Escritoras**, con el objetivo de descubrir chicas de entre 13 y 18 años que tuvieran mucho potencial literario. Nos llegaron decenas de manuscritos y de esos elegimos tres. Trabajamos con las chicas en la edición de sus textos, ayudándolas a conocer más sobre la industria editorial y potenciando sus capacidades escriturales, para que así pudieran ser publicadas.

La novela que tienes en tus manos es el resultado de ese proceso.

LIBRO X

EMILY SALTHER



LIBRO X



Libro X

© Emily Salther.

© Loba Ediciones Ltda.

Nueva Tajamar 481, Oficina 1403, Torre Sur

Las Condes, Santiago de Chile.

Teléfono: (56 2)32109829

www.lobaediciones.cl

Diseño y diagramación: Carolina E. Varela

Registro de propiedad intelectual: 292.866

ISBN: 978-956-7388-08-0

Primera edición: julio de 2019.

Impresión: Print Factory SpA.

Impreso en Chile/ *Printed in Chile*

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

*Para Liam,
y la historia que no pudimos contar.*

PRÓLOGO



Cuentan que ELLA surgió de la luz y apareció en Tora al mismo tiempo que su hermano, ÉL, nació en la Tierra. Tora era un planeta vacío y desierto, hasta que ELLA, con el poder de su voz, creó a los ángeles y a todas las criaturas de ese mundo.

Su hermano creó a los humanos y ambos decidieron conectar la Tierra con Tora. Buscaban el equilibrio y así surgieron los ángeles protectores. En el último día de la Creación, ELLA habló:

—Ángeles, hijos míos, les tengo una tarea. Existe un mundo paralelo. Allí hay civilizaciones de humanos, seres sin alas. Son perspicaces, astutos y algunos, vengativos. Deben orientarlos en el buen camino. Si ellos caen, también lo haremos nosotros. Si logran ayudarlos, los mundos convivirán en paz. Mi tiempo ha llegado. Siempre que necesiten ayuda, estaré allí.

ELLA cerró los ojos y su cuerpo comenzó a desvanecerse. Toda su energía viajó por las rocas de la Gran Cueva, convirtiéndose en el agua que guiaría el destino de los ángeles.

PRIMERA PARTE



Daniel

Al fin tocó la bendita campana. Adiós escuela, hola fin de semana.

—¡Señor Soler!

Me quedé de piedra ante el grito de la directora. Mis compañeros se miraron entre ellos y rieron mientras se marchaban a la fiesta de esa noche. Idiotas.

Di vuelta y planté en mi rostro esa sonrisa que deleitaba a todas las chicas.

—Melissa, un gusto verte —dije, intentando ser amable.

Me fulminó con la mirada.

—Muestre algo de respeto ante mí, jovencito. Necesito hablar con usted sobre temas importantes.

Mi piel se erizó. Me iba a expulsar, lo veía venir. Mis plumas bajaron su brillo. Esto no iba a terminar bien.

—Usted sabe que en la Central de Comunicaciones nos encargamos de...

—Cuidar a nuestros protegidos —terminé por ella para hacer

esto corto, poniendo mis ojos en blanco. Si me expulsaban, que sea rápido.

Asintió.

—A todos los ángeles guardianes se les designa un humano aleatoriamente a los 6 años —fruncí el ceño. ¿A dónde quería llegar? Esta historia me la sabía de memoria —. Y usted también tiene una protegida.

—Lo sé —bufé—. Se llama Ema. ¿Algo más?

Clavó sus ojos marrones en mí y estos soltaron chispas doradas, como siempre ocurría cuando estaba molesta. Era odioso que perteneciéramos al mismo clan.

—También debe saber que los ángeles guardianes se ponen en contacto con sus protegidos si estos empiezan a ir por el camino de los ángeles caídos —asentí, recordaba a la perfección el exámen que había aprobado apenas sobre este tema: en estos casos el protegido puede sufrir, tener depresión o incluso suicidarse. Nuestro deber es evitarlo para que la humanidad persista. Los ángeles guardianes se comunican con sus protegidos a través de las esferas en la Central de Comunicación ubicada en la ciudad y en casos extremos, viajan a la Tierra cuando esta persona corre peligro—. Lo sé, es lo que nos repiten todos los días. ¿A dónde quiere llegar?

Sacó una nota de su abrigo. Tenía una dirección escrita a puño y letra.

—Nos hemos percatado que su protegida está investigando furtivamente el paradero de su padre, el reconocido arqueólogo Díaz —se me erizaron los bellos de la nuca. ¿Por eso nunca me habían dejado saber quién era el papá de mi protegida? ¿Era *ese* Díaz? —. Ya debe saber en qué se está metiendo y no podemos dejar que continúe. Si los caídos la descubren, no tendrá escapatoria. Confío en usted, Señor Soler.

Comenzaba a irse. Guardé el papel en mi bolsillo y la tomé por el brazo. Me miró extrañada.

—¿Qué ocurre con mis clases? —pregunté. No es que me importaran, pero debía enterarme de todo.

—No asistirá hasta que todo vuelva a estar como antes. Tómelo como unas «vacaciones».

—¿Es broma?

—No. Está listo. Aunque no rinda bien académicamente, sigue siendo un ángel guardián, un protector y eso supera todos sus deberes y responsabilidades de la escuela.

Sonreí de oreja a oreja. A veces ser hijo del gobernador tenía sus beneficios.

—Gracias.

—Ahora váyase. Tendrá un cuarto en la Central de Comunicaciones. Estará en una sala con una esfera que le permitirá hablar con su protegida a través del pensamiento. Sólo podrá salir tres horas al día para sus necesidades básicas y para darnos reportes. ¡Sin errores! ¿Está claro?

Le guiñé un ojo y sonreí. Me di la vuelta y extendí mis alas. Allí voy, Ema.

CAPÍTULO 1



—¡Díaz!

Mi cabeza rebotó contra el banco y gemí de dolor mientras me sobaba la frente. La clase entera estalló en risas. Maldición, me había quedado dormida y ahora el profesor de historia estaba furioso. Si las miradas mataran ya estaría bajo tierra.

—¿Escuchó algo de lo que dije en toda la clase? —preguntó exasperado.

Abrí la boca para decir alguna respuesta vaga, pero fui salvada, literalmente, por la campana. Recogí mi cuaderno de dibujos y lo cerré, cansada de lidiar todos los días con el mismo tema. Leticia y Micaela me interceptaron apenas abandoné mi puesto.

—¿Estás bien? —Leti me observaba haciendo una mueca.

Acomodé la mochila en mi hombro y asentí incómoda, pasando el cuaderno bajo mi brazo. Micaela mecía su pelo, era su forma de hacerte saber que estaba molesta. Me lanzó una mirada tajante.

—Ema, ¡ya basta! Has estado toda la semana con la cabeza en otra parte, durmiéndote en clases y garabateando tonteras —soltó.

—Son dibujos —me defendí.

—No te estamos criticando —intervino Leti—, sólo que nos preocupas.

Las observé en silencio. Las conocía de toda la vida; siempre habíamos sido las tres. Micaela y Leticia eran hermanas, aunque no lo parecían en absoluto. Leti era morena, de ojos cafés y pelo negro que siempre llevaba en una cola, mientras que Micaela lo tenía castaño con reflejos rojizos y ojos verdes. La primera era más tímida y sutil, a diferencia de Mica, que era testaruda y realista. La soñadora y la lógica.

Di un paso hacia atrás y ajusté la tira de mi mochila.

—Estoy bien, chicas, es sólo que no he dormido bien estos días.

No parecieron convencidas, pero no me presionaron más. Sabían que no serviría de nada. Leti apoyó su mano en mi hombro, obligándome a mirarla.

—Cualquier cosa, puedes contar con nosotras —dijo en voz baja, antes de irse tras su hermana.

Observé como desaparecían entre el mar de estudiantes que se dirigían hacia la salida y suspiré. Le eché una mirada de reojo a mi cuaderno y decidí marcharme cuanto antes.

Tenía muchas cosas que hacer.



—¡Ema! ¿En qué estás? ¡Aún no vienes a almorzar y tu perro te está esperando!

Bajé antes de que gritara más fuerte. Recién había llegado y la señora Carmen ya me estaba retando. Un buen olor a pasta inundó mi nariz apenas llegué al primer piso, logrando que

destensara mis hombros un momento. Capitán corrió desde la cocina a saludarme.

—Hola, hermoso —lo saludé.

Me agaché para quedar a la altura de su cabeza y, sin darme tiempo para apartarme, lamió mi cara. Pocas veces la señora Carmen me dejaba entrar a mi pastor alemán todo sucio, pero dado que estaba histérica por la desaparición de mi papá y lo poco que sabíamos, ahora permitía que durmiera adentro y nos hiciera compañía.

—¡Capitán! —me quejé. Se detuvo y quitó su baba con la manga de mi suéter antes de hablar—. ¿Vino algún detective hoy? —susurré.

Ladró y movió la cola repetidas veces, dándome a entender que sí. Fue hasta la ventana y se quedó estático mirando hacia la casa del frente. Afuera había una patrulla de la Policía De Investigaciones, con un oficial en el asiento del conductor viendo algo en su teléfono, mientras el otro hablaba con una vecina.

Mordí mi lengua para no soltar una maldición. ¿Así esperaban encontrar a mi papá? ¿Preguntando casa por casa? Gruñí y me dirigí hacia la cocina.

—¿Dónde está mi pequeño ángel? —preguntó la señora Carmen sirviendo la pasta mientras me daba la espalda, permitiéndome ver el tomate que llevaba hecho en su pelo cobrizo.

Puse los ojos en blanco.

—No me llamas así hace años —comenté, tomando asiento en la mesa.

Se encogió de hombros.

—¿Cómo va la escuela?

Sabía que intentaba conversar como si fuera un día cualquiera, en el que mi papá se habría atrasado en la oficina y comíamos los tres juntos. Un día donde no teníamos que preocuparnos de nada más que saber qué comeríamos de postre.

Esa realidad me parecía una escena lejana, casi inalcanzable. Diez días atrás había despertado y mi papá no estaba en casa. Se fue sin dejar siquiera una nota indicando que estaba bien o que había tenido que quedarse toda la noche arreglando algún problema en la CN, la empresa de cosméticos naturales en la que trabajaba desde que tenía memoria.

—Bien, como siempre —respondí despistada, esparciendo queso rallado sobre los fideos.

Ella no dijo nada al respecto. Debía intuir lo que pensaba, después de todo, yo era un libro abierto para la señora Carmen.

Los minutos corrieron. La señora Carmen recogió sus cosas y apuré lo que me quedaba. Dejé el plato y traté de salir de la forma más natural posible.

—¿Qué harás ahora? —me preguntó mientras lavaba los cubiertos.

Tragué saliva y le di la espalda.

—Eh... tengo tarea —y con esa excusa desaparecí por las escaleras.

Cerré la puerta con delicadeza para que mi cuidadora no comenzara a sacar conclusiones precipitadas. Miré la fotografía que tenía enmarcada de mi papá y yo.

Era antigua. Debía tener seis años cuando la señora Carmen nos la sacó. Yo sostenía orgullosa mi diploma, mostrando mi medalla de primer lugar en una exposición de arte infantil. Mi papá me tenía sentada en sus hombros, riendo complacido. Vi que en esa época su pelo negro se mantenía arreglado con cuidado. Vestía unos jeans desgastados y una camisa de cuadros azul; sus ojos grises brillaban orgullosos, haciendo que mi pobre corazón se encogiera y un nudo se apretara en mi garganta.

Pegué mi frente a la fotografía y cerré los ojos.

—Prometo encontrarte —susurré.

Los rasguños de Capitán sonaron fuera de mi pieza y supe que

ya era la hora. Dejé la foto y guardé el alambre en mi bolsillo, respirando profundamente antes de salir donde mi perro me esperaba.

Esto es lo correcto, me recordé.

Salí a la penumbra del pasillo y comencé a bajar las escaleras con sigilo.



Vamos, no tenía que pensármelo tanto.

Corté las cintas que advertían «PROHIBIDO EL PASO» y empujé hacia un lado la tabla que habían dejado los policías en la entrada del despacho de mi papá.

El pequeño cuarto se encontraba al final del pasillo principal, en frente de la habitación de mi cuidadora. Era su tierra santa y nadie que no fuera él podía acceder. Y sí, cuando era pequeña lo había intentado innumerables veces, pero siempre terminaba pillándome. ¿Por qué se me prohibía el paso? Porque Ricardo Díaz se caracterizaba por ser una persona extremadamente reservada respecto a su pasado. Podía ser simpático, trabajador y cariñoso, pero su pasado —sobre todo su relación con mi mamá— era tabú.

Siempre decía que «yo no debía hurgar en cosas ajenas», pero ante mi insaciable curiosidad, terminó echándole llave las veinticuatro horas del día. No sabía qué tipo de cosas escondía allí y la duda sólo fue creciendo conforme pasaba el tiempo. Pero ahora todas las respuestas que anhelaba estaban a un par de pasos.

No me extrañó que mis piernas temblaran. Cuando era niña pasaba tardes enteras ingeniando la forma de sorprender a mi papá y entrar a su despacho y ahora, luego de ocho años, estaba adentro.

Di pasos inseguros en la penumbra. Los únicos muebles que habían eran una estantería que iba del piso hasta el techo y un escritorio repleto de papeles desordenados, acompañado de una silla a la que le faltaba una rueda. Un papel con estadísticas de

venta de la empresa colgaba de la pared. Captó mi atención la ventana con maderas clavadas y que no hubiera un foco en la lámpara del techo. Prendí la linterna de mi teléfono. Capitán olfateó los frascos del estante, estornudando por el polvo que los cubría. Había un sinfín de cosas raras y animales disecados.

Observé asqueada una colección de insectos que no conocía, clavados con alfileres en marcos de fotos. Los que más repulsión me dieron fue una mosca con diez patas; arañas con piel de serpiente y una rana del tamaño de mi dedo pulgar con ojos de diferentes colores. Aparté la mirada con el estómago revuelto. Atribuí aquello a la pasión que mi papá había tenido en su juventud cuando estudió arqueología y su rara obsesión por los animales extraños. Una de las pocas cosas que sabía de su época veinteañera. ¿Pero para qué guardaba todo esto?

Hojeé los papeles que había sobre su escritorio, pero sólo hablaban de contratos con clientes influyentes. Uno que firmaba como *Aurum* era el que más se repetía. Devolví los documentos a su sitio.

La luz del teléfono iluminó una fotografía de dos personas abrazadas en una puesta de sol. Me picó la curiosidad y la tomé con cuidado. Le quité el polvo contra mi pantalón y por poco dejo caer el celular.

Era una foto de mis padres.

Conteniendo la respiración, registré el contorno de ambas personas. Por la oscuridad de su pelo, mi papá debe haber estado en sus treintas, al igual que ella, Rousse... Tenía pelo castaño, más lacio que el mío y lo llevaba suelto al viento. Aunque tenía una chaqueta puesta, podía percibir que era delgada y que tenía un parecido a mí. Descansaba su cabeza en el hombro de él, relajada. Llegué a pensar que podría estar dormida.

Cerré los ojos, aguantando las repentinas ganas de llorar. La foto no me dejaba ver su rostro, pero intuía que era hermosa.

¿Así era mi mamá? Ricardo quiso que no hubiese fotos de ella en casa, porque le era muy doloroso recordarla. La señora Carmen había sido testigo de su romance, pero también guardaba secretos. Nunca me permitieron ver una foto de ella o indagar mucho sobre el tema.

Permanecí inmóvil, aferrando la foto contra mi pecho, como si de esa manera pudiera estar entre ellos en ese abrazo. Pero la fantasía no duró mucho. Un vidrio se quebró detrás de mí y salté. Giré rápido, sólo para encontrar a mi perro con la cola gacha y el hocico cubierto de cenizas grisáceas. El frasco que las contenía se encontraba desparramado en mil pedazos.

—Capitán —le reñí.

Bajó la cabeza, arrepentido.

Suspiré y guardé la foto en mi bolsillo antes de limpiar un poco el desastre que había hecho mi mascota. Dejé el teléfono en el suelo y con sumo cuidado moví todos los vidrios a un lado, evitando cortarme. Capitán ladró y tapé su boca de inmediato.

—¿Estás loco? La señora Carmen puede despertarse —surré molesta.

Sus ojos viajaron tras de mí y volteé para encontrar un libro en el suelo. Encaré a mi perro de nuevo.

—¿También tiraste un libro?

Su cola se mantuvo gacha.

Apreté los labios y sentí las puntas de mis dedos hormiguar. Si la señora Carmen despertaba y me descubría... ¡ufff!, no volvería a salir de mi pieza hasta cumplir veinte.

Tomé el libro y hojeé su contenido, pero estaba escrito con signos indescifrables. Pasé las hojas más rápido, hasta que una fotografía cayó de entre las páginas. Me agaché para recogerla y mi corazón bombeó con fuerza. Era otra foto de mis papás, sólo que esta vez estaban en el desierto, en lo que parecía ser una investigación arqueológica. Ambos se veían muy jóvenes. Mi

papá señalaba un mapa con mucha concentración, ignorando el hecho que tenía la cara con dibujos hechos con plumón, mientras que Rouse intentaba reprimir la risa. Sostuve la imagen con las manos temblorosas, conmovida por conocer algo más sobre ellos.

La luz del cuarto de la señora Carmen se filtró bajo su puerta e iluminó una parte del pasillo. Supe que si se levantaba y salía al pasillo estaría frita. Agarré la foto y pasé el libro bajo mi brazo. Apagué la linterna de mi teléfono mientras Capitán se iba a mi pieza sin hacer ruido.

Subí los escalones de dos en dos cuando mi cuidadora salió de su habitación. Apuré el paso y entré a mi cuarto antes de que me viera. Recosté la espalda contra la puerta y pegué el libro a mi pecho.

Había estado cerca.